

La era de las incertidumbres y las posibilidades del futuro

Los análisis sociológicos están detectando signos de inquietud e incertidumbre entre la opinión pública ante el discurrir social. En poco tiempo la fe en el progreso histórico y la conciencia de unos avances continuos, que se inauguró prácticamente con la Revolución Francesa, está siendo sustituida por actitudes de preocupación que se hacen más patentes en coyunturas de crisis económica y de desorientación política, como las que se están viviendo en nuestros días.

La forma en la que se generan tales estados de ánimo, y la manera en la que pueden influir en el devenir político y económico, en momentos en los que la confianza y la credibilidad son variables fundamentales, debiera ser una cuestión de atención preferente en el análisis político. Pero esto no ha sido así en los últimos años y, de manera similar a lo que ocurría en la célebre fábula de la hormiga y la cigarra, es harto probable que en los próximos años tengamos que pagar las consecuencias de un largo período de despreocupación, de minusvaloración de las necesidades de seguridad y de fallos en las capacidades de pronóstico y previsión. Es posible, en este sentido, que al igual que en los libros de historia se califica peyorativamente al período anterior a la Gran Depresión como los “felicis años veinte”, en un futuro se hable en el mismo sentido de los “despreocupados” años noventa del siglo XX y la primera década del siglo XXI.

Frente al aumento de los factores de inseguridad e incertidumbre que afectan a muchas personas, la izquierda tiene que recuperar las propuestas que priorizan el empleo y la calidad de vida.

Lo paradójico de la situación actual es que la revolución tecnológica, la extensión de la democracia y otros indicadores sociales y políticos han permitido avances incuestionables, que es preciso reconocer, y que nos han llevado ante un horizonte de grandes potencialidades, situando a la humanidad en condiciones de poder hacer frente con éxito a carencias y problemas inveterados. Sin

embargo, el enorme potencial de crecimiento económico y de desarrollo científico-tecnológico no siempre se está traduciendo en un paralelo progreso social y político. El actual ensanchamiento de las brechas sociales está teniendo lugar en un contexto en el que los progresos y la riqueza de los más privilegiados coinciden —escandalosamente— con la pobreza, el hambre y las carencias extremas de cientos de millones de seres humanos. La falta de atención a estos problemas, el déficit de políticas efectivas de diseminación de las capacidades de crecimiento y las insuficiencias de articulación democrática nos pueden conducir, pues, a una situación complicada.

Una vez fracasado estrepitosamente el paradigma neoliberal, e incumplidas la mayor parte de las promesas formuladas, se plantea la necesidad de anticipar nuevos futuros posibles, de aclarar hacia dónde podemos ir y hacia dónde queremos ir y de diseñar escenarios que permitan definir opciones alternativas y debatir y adoptar decisiones. De ahí también la necesidad de implicar más a los ciudadanos en la construcción del futuro, recuperando la fe en el progreso y la confianza en la política y en las instituciones. Pero, lamentablemente, mucho de lo que es preciso hacer y plantear no se está haciendo. Y, precisamente ahora, en coyunturas de crisis económica, se constatan más nítidamente los fallos de previsión y las carencias políticas y de integración social, de forma que

a la actual crisis económica se están uniendo las crisis políticas y una más general crisis de confianza social.

Muchos expertos, y una buena parte de la opinión pública, contemplan el presente y el futuro inmediato de nuestras sociedades en términos de incertidumbres, conflictos culturales y tenden-

cias al enclaustramiento socio-cultural en aquellos grupos primarios capaces de suscitar más fuertes identidades, con nuevos fenómenos de anomia, aislamiento, rechazo social y exclusión.

Las previsiones de futuro apuntan hacia una crisis de algunos de los ámbitos sociales básicos, influida por las actuales tendencias hacia una globalización que está

alumbrando un nuevo espacio del "hacer social" —real y efectivo— que en ocasiones resulta demasiado amplio e inabarcable para los seres humanos. El nuevo "nicho ecológico" —físico y cibernético— tiende a verse como una realidad que en muchos aspectos está más allá de las posibilidades de ser influida, abarcada, conducida o rectificada. Lo que da lugar a la difusión de una cierta "conciencia social impotente" y un mayor retraimiento hacia lo privado: el hogar, el grupo de amigos, las personas de la misma edad, del mismo género, etc. Mientras tanto, la sociedad "exterior", incluso en los espacios más inmediatos, aparece como un ámbito social más hostil y abocado hacia la inseguridad (violencia, delincuencia, terrorismos, etc.).

Millones de personas esperan la voz y el aliento de una izquierda que sea capaz de generar esperanza en un mundo mejor y más solidario, evitando que la era de las incertidumbres se convierta en la era de los miedos y las claudicaciones.

Especialmente destacada es la preocupación por el deterioro de los equilibrios ecológicos. Preocupación que presenta diferentes facetas (contaminación atmosférica, polución de las aguas, proliferación de residuos contaminantes, efecto invernadero, alteraciones climáticas, agotamiento de recursos, etc.) y que conforma, junto al hambre, la crisis del trabajo, el aumento de las desigualdades y los problemas de la violencia y la inseguridad ciudadana, los seis grandes problemas de futuro que más preocupan en estos momentos a la opinión pública, amén de la preocupación general por el terrorismo y los riesgos de enfrentamientos armados.

El hecho de que la mayor parte de las tendencias emergentes estén perfiladas con mayor nitidez e intensidad entre las nuevas generaciones hace que adquieran una dimensión más prevalente como tendencias fuertes de futuro. Por ello, hay que entender que en estos momentos nos encontramos en un punto álgido de cambio hacia nuevas formas de conformación social. Y los jóvenes son uno de los sectores que en mayor grado está acusando, y padeciendo, el impacto de las nuevas circunstancias, desarrollando y encarnando también en mayor grado los contenidos potenciales de tales sociedades.

Los estudios prospectivos permiten dibujar varias tendencias de futuro que apuntan hacia una globalización "desgobernada", a un aumento de las desigualdades

y las migraciones, a problemas energéticos y de escasez de materias primas y a tensiones conectadas con las crisis económicas y los desplazamientos de los actuales centros de gravedad del poder económico.

Los problemas de empleo, las inseguridades económicas que sufren bastante familias, las dificultades de muchos jóvenes para acceder a la vivienda y el empleo y el debilitamiento de las políticas propias del Estado de Bienestar están dando lugar a un aumento de las sensaciones de incertidumbre.

En los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial, bajo el impulso de las políticas socialdemócratas, parecía que las sociedades occidentales se estaban encaminando definitivamente hacia la superación de algunas de las principales vivencias de inseguridad que afectaban a las familias y a las personas más débiles. La prevención de las incertidumbres ante la vida, mediante un sistema de pensiones y servicios sociales, junto a las políticas de pleno empleo, empezaron a asentar un nuevo modo de vivencia social, que en las sociedades de nuestro tiempo está siendo cuestionado.

La concurrencia actual de factores de incertidumbre, de desconfianza política y de inseguridad está conduciendo a nuevos escenarios políticos y societarios en los que se echan en falta factores de compensación y arraigo. Los estudios sociológicos permiten constatar, en este sentido, que en países como España la población que vive en condiciones cotidianas de incertidumbre básica ha pasado en poco tiempo de ser un 15% a un 24%.

El aumento espectacular del paro juvenil, que se ha llegado a situar en España por encima del 40%, y la extensión de las situaciones de precarización laboral y de exclusión social, unidas a las incertidumbres económicas y a la falta de horizontes que sufren muchas personas, está dando lugar a procesos de desvertebración social y fragilización política, e incluso a climas de anomia, que se están traduciendo en fenómenos inquietantes. En poco tiempo, en España se han acentuado los riesgos de violencia y la conciencia de inseguridad ciudadana, habiendo aumentado desde principios de los años 80 el número de delitos y faltas en un 244% y en un 382% el número de reclusos, pasando de los 18.253 presos de 1980 a más de 88.000 en 2009.

Los climas de inseguridad a veces son amplificados por determinados sectores que intentan manipular e instrumentalizar a la opinión pública mediante recursos demagógicos y populistas, no dudando en utilizar el miedo

como arma política al servicio de la xenofobia, e incluso del odio sistemático al adversario, que tiende a ser convertido en "enemigo" político, en un deslizamiento actitudinal que recuerda las peores pesadillas de un pasado no tan lejano.

De igual manera, los ambientes de inseguridad y de temor son un caldo de cultivo en torno al que están surgiendo pujantes negocios privados, tanto en el campo de los seguros, como en múltiples empresas que ofrecen "seguridad policial" privada a aquellos que pueden pagarla. En algunos países las plantillas de guardas jurados privados han aumentado hasta quedar casi equiparadas a las de los cuerpos de Seguridad Pública, en una dinámica en la que el Estado tiende a perder espacios y funciones que le son propias, a favor de una lógica de privatización que sólo permite garantizar mayores cotas de seguridad a los sectores más prósperos de la población. Lo cual está dando lugar a que los niveles de incertidumbre tengan también un componente discriminatorio y que unos ciudadanos sean más desiguales que otros en la vivencia de las incertidumbres.

Frente a esta deriva crítica la izquierda tiene que ser capaz de reaccionar y dar respuestas, desarrollando análisis precisos de la nueva situación y propiciando alternativas y estrategias que, a partir de los logros alcanzados, pongan el acento en la recuperación de la seguridad necesaria y en la profundización de la democracia, evitando que el objetivo de la "seguridad" pueda ser dejado en manos de una nueva derecha populista.

Frente a la imagen de un mundo desbocado y sin rumbo hay que recuperar el sentido finalista y la voluntad participativa y reformadora propia de las mejores tradiciones de la izquierda, dejando claro que existen alternativas y posibilidades que deben ir acompañadas de liderazgos políticos sólidos y genuinos, de forma que se pueda lograr evitar que la era de las incertidumbres se convierta en la era de los miedos.

Frente al oportunismo de quienes están dispuestos a gobernar a cualquier precio, como sea y con cualquier programa, hay que plantear discursos claros y bien articulados, capaces de generar nuevas certidumbres y de profundizar y desarrollar los mejores logros de la socialdemocracia, en base a una economía mixta, con seguridad y bienestar.

Frente al espíritu de claudicación de algunos, hay que dejar claro que existe una izquierda que no acepta pasiva y resignadamente el paradigma de unas sociedades en las que los criterios de individualismo desarraigado, de lucro particular exclusivo y de eficiencia económica (de una

"supuesta" eficiencia) se sitúan por encima de los valores y de las necesidades de las personas concretas y de objetivos tan imprescindibles como el empleo de calidad y una razonable convergencia de rentas y de niveles de bienestar social.

Frente a la petulancia de los pretendidos sabios "modernos" y "postmodernos", que se encuentran incrustados en los sectores progresistas, y que no paran de tachar de "trasnochados" y de "poco realistas" aquellos objetivos que son imprescindibles y sensatos, como la priorización del empleo y las conquistas de la ciudadanía social, la izquierda tiene que recuperar la primacía de la coherencia, del sentido común y del liderazgo político frente al económico, entendiendo que las experiencias políticas y económicas conservadoras de los últimos años han fracasado estrepitosamente, tanto en su dimensión económi-



C. BARRIOS

ca, como en lo concerniente a las consecuencias sociales y políticas que acarrearán, y que el tipo de sociedad al que han conducido no sólo es perturbador e inhumano en múltiples aspectos, sino que es también ineficiente e inviable, como están demostrando los hechos.

En definitiva, frente a los riesgos y a las perspectivas de retrocesos que se apuntan en un horizonte de incertidumbres y de carencias humanas básicas, hay millones de personas que esperan la voz y el aliento de una izquierda que sea capaz de generar esperanza en un mundo mejor, más equilibrado y más solidario. Un mundo que ahora podría estar más al alcance de la humanidad que nunca, si existiera voluntad política suficiente como para traducir las enormes potencialidades de la revolución tecnológica y del mundo actual en un conjunto positivo de logros sociales concretos. **TEMAS**